

# veinte: Fragmento del pasado: Bajo el mar - La carrera perfecta

Len Sabino despertó sobre un colchón, en una habitación fría y con peso de hielo. El agua se filtraba desde el techo de madera, y la lluvia golpeaba la ventana. El trueno resonaba a lo lejos, cerca de la tormenta. A pesar del estruendo, Ryan dormía profundamente a su lado, roncando casi tan fuerte como los relámpagos.

“Hey, Riri, ¿estás dormido?” susurró, pero el niño no respondió. Ryan era bastante adorable cuando dormía, completamente en negación sobre sus ronquidos.

Len recordó aquel día en que ella y su padre lo encontraron, rodeado de los escombros de un pueblo arrasado por merodeadores. Él se había escondido en el sótano, mientras toda su comunidad perecía, y sus animales habían sido robados. Si no hubiera saqueado su casa en busca de provisiones, Len quizás nunca habría conocido a Ryan.

Se apoyaron mutuamente durante años, sin separarse una sola vez. Sobrevivieron a las guerras, a las rampas de su padre, a los merodeadores y a los Genomas. Siempre juntos, incluso compartiendo la misma cama. Eran hermanos en todo menos en nombre... aunque ella deseaba que pudieran ser algo más, aunque fuera tímida para decirlo en voz alta. Nunca tuvo novio, y no entendía cómo funcionaban esas cosas.

Ojalá él diera el primer paso.

Len miró alrededor de la habitación. Alguna vez fue una especie de refugio de caza cerca de los Alpes, una casa silenciosa de madera en una ladera empinada. Los habitantes debieron abandonarla hace unos años, probablemente ahuyentados por los merodeadores o migrando hacia las ciudades en reconstrucción en busca de protección. Siempre hablaban de Nueva Roma, cada vez que lograba conversar con alguien fuera de su familia sin que su padre interfiriera.

Cuando Ryan no despertó, Len salió de la cama en pijama y revisó la habitación. Su compañero había dejado sus pantalones en una silla, y aunque no era amable, ella se asomó en sus bolsillos.

El Elixir Azul parecía brillar, mientras un relámpago caía justo fuera del dormitorio.

Habían pasado semanas desde que dejaron Venecia, y hasta ahora su padre no había notado las pociones. Los había dejado solos tres días atrás para recoger cosas cerca de allí. Ella esperaba que

esta vez no matara a nadie.

Len sabía que su padre volvería. Ryan desearía que no. Temía a su padre, lo odiaba.

Len lo entendía. Su padre era... difícil. Ya bebía en exceso después de que su madre los abandonó para irse con su otra familia, pero siempre hacía lo posible por criarla a ella y a su hermano. Cuando Cesare murió durante el bombardeo, algo en su interior se rompió y nunca volvió a ser el mismo. Los Elixires solo fueron la última gota que colmó el vaso, haciendo que descargara su dolor sobre los demás.

Pero a pesar de todo, seguía siendo su padre.

Len observó el elixir con una mezcla de temor y esperanza. Sabía cómo podría reaccionar su padre una vez que lo bebiera, pero... Los Elixires Azules convertían a las personas en genios. Gente brillante. Mechron bebió uno y consiguió inventar robots asesinos y láseres orbitales.

Si le otorgaba un poder intelectual, quizá pudiera crear una cura para su padre. Devolverlo a la normalidad. Convertir su grupo en una verdadera familia, en lugar de... de lo que eran ahora.

Len titubeó, miró brevemente a Ryan y luego se dirigió a otra habitación de la cabaña. En el garaje de atrás.

El lugar era un completo caos, un espacio de almacenamiento donde los antiguos habitantes acumulaban todo lo que conseguían. Libros, piezas de autos, herramientas, lámparas... incluso un frigorífico y una lavadora antiguos, ya fuera de uso.

Tenía un taller, aunque tal vez usado para despellejar animales cazados. Como la electricidad no funcionaba, Len tuvo que encender una vela para poder ver y procurar algo de calor. Ella se sentó detrás de la mesa de trabajo y examinó el Elixir. El recipiente no exhibía ninguna señal, ninguna información aparte de su símbolo en espiral. Era una apuesta hacia lo desconocido. Una inyección directa le asustaba, así que decidió ingerir la sustancia directamente. Había visto a papá hacerlo antes, así que debería funcionar.

Respiró profundo y largo, retiró la jeringa y bebió la poción de un solo trago.

El sabor de la sustancia era diferente a cualquier otro que hubiera sentido. Combinaba la textura del agua salada con sabores extraterrestres, ni dulce ni salado, ni ácido ni amargo. El líquido no tenía ningún componente natural.

Lo que resultaba aún más raro era que la sustancia se fusionaba con su carne. Al beberla, el Elixir desapareció antes de poder entrar en su estómago; fue directamente a su torrente sanguíneo a través de la lengua y la boca, saltándose el proceso normal de digestión. En cuestión de segundos, Len lo había tragado enteramente.

Durante unos segundos, no ocurrió nada. Len dejó la jeringa vacía sobre la mesa de trabajo, preguntándose si algo había salido mal. ¿Habría perdido potencia con la edad?

Y entonces, su mente se incendió.

Una ola de inspiración divina poseyó a Len, ideas fluyendo rápidamente en su cabeza. Una información cruda, pura, llenaba su cerebro como una corriente de agua rompiendo una presa, expandiendo sus neuronas y transformando toda su visión del universo. No podía moverse, su conciencia se congelaba mientras luchaba por procesar una inmensa cantidad de contenido nuevo.

Su cuerpo quedó entumecido, una oleada de energía azul atravesando sus nervios, sus huesos, sus órganos. Duró poco pero fue intensa, toda su existencia alterada en un nivel fundamental.

A medida que la mutación avanzaba, Len entró en un estado de fuga. La necesidad de crear la poseía; su poder necesitaba ser usado, como un bebé que desea nacer en el mundo. Cuando la luz azul abandonó su cuerpo, las manos de Len agarraron los restos del refrigerador, las herramientas, la lavadora y todo lo que tenía a mano.

No supo cuánto tiempo permaneció en ese estado de manía. Quizá minutos, quizás horas. Durante ese período, nada más importaba; ni papá, ni Ryan, ni el mundo. Solo necesitaba crear algo, cualquier cosa.

Cuando la oleada disminuyó y Len recuperó el control, había transformado el refrigerador y objetos aleatorios en una especie de balandra gruesa. De alguna manera, la pintó de rojo e incluso incorporó un martillo y una hoz rota en el diseño final; incluso en ese estado de fuga, su personalidad había dejado su huella.

Comprendía la naturaleza de su poder, casi de manera intuitiva. Se reducían a una sola palabra.

Agua.

Su poder giraba en torno al agua. Cómo funcionaba, cómo entender la vida marina, cómo adaptar animales terrestres para sobrevivir bajo las olas, cómo modificar el océano a escala mundial, cómo crear tecnología que resistiera la presión del fondo marino, cómo diseñar dispositivos capaces de generar tsunamis. Sabía qué criaturas habitaban en las fosas más oscuras del planeta y cómo comunicarse con ellas. Su poder le proporcionaba toda la información necesaria, dejando que su propia creatividad llenara los huecos.

Para Len, quien siempre había amado el mar y las historias de Julio Verne, era casi un sueño hecho realidad. La hacía preguntarse si el Elixir otorgaba poderes basados en la personalidad del bebedor, brindando una habilidad que quisieran según el color elegido.

Pero, a pesar de todas sus maravillas, su poder no serviría de ayuda a papá.

No serviría de ayuda a papá. ¡Ella no podía imaginar alguna manera de curarlo, incluso con su intelecto ampliado! Ni siquiera comprendía cómo funcionaba su biología única, mucho menos cómo enfrentarse a su locura. Ella podía construir submarinos, máquinas de tsunamis, dispositivos de control del agua, pero nada que le ayudara a entender los Elixires, mucho menos la locura que estos provocaban. Y él—

"Len."

Len se volvió hacia la puerta, Ryan entrando en el garaje aún en pijama. Miró al mini-submarino y luego a la botella vacía; su boca permaneció en silencio, pero sus ojos se abrieron de par en par.

"Tuve que hacerlo," dijo Len, su voz quebrada. "Tuve que hacerlo."

No había condena en su mirada, solo preocupación. "¿Valió la pena?"

Len negó con derrota, desplomándose en el banco. La oleada creativa la había agotado como si hubiera corrido durante horas.

Sintió la mano de él sobre su hombro. Levantó la cabeza hacia Ryan, quien le ofreció una sonrisa cálida. "Hola," dijo, señalando la bathysphere. "Sigue siendo hermosa. Ahora puedes enviar peces a Siberia si se portan mal."

La broma torpe salió de la nada, pero hizo que Len soltara una risa. "Eres horrible," respondió, disolviendo la tensión. "Debería enviarte a un gulag."

"Ambos sabemos que eso solo será una solución temporal."

"En serio," sonrió Len con sarcasmo, "podríamos viajar. Puedo hacer un Nautilus con piezas de chatarra—"

Escucharon la puerta de la cabaña abrirse desde afuera, el cerrojo retirado.

"¿Len? ¿Cesare?" La voz de Bloodstream resonó en la cabaña junto con relámpagos, la mano de Ryan tensándose sobre el hombro de Len. "¿Dónde están? ¡Tenemos que irnos!"

"¡Escóndanse,"} dijo Ryan, con el rostro lleno de pánico. "Tienen que esconderse."

"¿Dónde?" replicó Len con tristeza. "No hay a dónde ir."

"Tenemos que irnos, ¡los sin hogar están revoltosos otra vez! ¡Mataron a mi clon en..."

Cuando Bloodstream entró en el garaje, dejando huellas ensangrentadas tras de sí, Ryan se puso delante de Len. El Psycho observaba a su hija en silencio, la sangre que conformaba su cuerpo se movía como un océano embravecido.

"Len." El comportamiento de papá cambió de repente de cálido a tenso. "¿Qué estoy percibiendo?"

"Papá..."

"¿Qué estoy sintiendo en tu sangre?"

Ryan protegió a Len, como un caballero con armadura resplandeciente que la defiende de un dragón furioso. Pero, a pesar de su valentía, no llevaba espada.

"Tienes... tienes mentido," Bloodstream gruñó enojado, sus dedos convirtiéndose en garras. "¡Le has mentido a tu propio padre!"

Len quedó paralizada. De repente, se sintió muy pequeña, el mundo tan frío y hostil que parecía no ofrecerle ninguna esperanza.

"¡El poder no es para ti!" ladró papá, con rabia. "¡Era para mí! ¡Siempre fue para mí! ¿No lo entiendes, tonta? ¡Lo tomé por ti! ¡Lo tomé para protegerte! ¡Protegerte de este mundo enfermizo!"

"Lo sé..." disculpó la Genio, bajando la vista. "Lo sé."

Era su culpa. Si hubiera sido fuerte... si hubiera tenido fuerza, papá no habría tenido que tomar esas pociones y convertirse en monstruo.

"Desde que tu madre nos abandonó, fue mi responsabilidad. ¡Mía!" Papá se calmó, pero la amenaza en su voz no hacía más que crecer. "Tienes que ser castigada."

"Papá, por favor..."

"¡No la toques!" Ryan intentó detener al Psycho, pero Bloodstream simplemente lo apartó con un bofetón furioso, enviando al chico al suelo. Su padre se acercó a Len, con las manos levantadas para estrangularla.

Su hija cerró los ojos y no opuso resistencia. Solo esperó lo inevitable.

Pero nunca llegó.

Ella volvió a abrir los ojos, enfrentándose a la faz sin rasgos de su padre. Sus garras, a apenas un pulgar del cuello de su hija, hacían que Bloodstream temblara, como si sufriera de la enfermedad de Parkinson.

"¡No...!" De repente, papá se sostuvo la cabeza con ambas manos, luchando contra un fuerte dolor. "¡No... no ella... no Len... no puedo... puedo controlarlo... Yo puedo..."

Bloodstream se apartó del garaje, con los últimos rescoldos de su humanidad luchando contra la adicción al Elixir. Papá desapareció dentro de la cabaña, y Len lo escuchó golpear su cabeza contra la pared en una habitación cercana.

Ryan había logrado recuperarse del golpe, y Len extendió una mano para ayudarlo a levantarse. "¿Estás bien?" preguntó con preocupación. Tenía sangre cayendo de la nariz; no era de Bloodstream, sino suya propia.

"Sí," respondió, aunque claramente conmocionado. "Sí."

"Fuiste muy valiente," intentó animarlo, sonrojándose un poco. "Fue muy heroico."

En lugar de responder con palabras, él la besó.

Len jadeó, cuando él la acercó sin advertencia, sus labios contra los de ella. Era un beso nacido del hambre, de un deseo primal de consuelo y contacto humano.

Se sintió...

Se sintió bien.

Después de todo el miedo y la tensión, simplemente fue una sensación placentera.

Rápidamente, se separaron al escuchar cómo papá volvía a arrastrarse a la habitación, dejando espacio entre ambos. Ya fuera por miedo a ser descubiertos o por vergüenza, Len no pudo determinarlo.

“Estoy... estoy bien... veo con claridad...” Bloodstream parecía más tranquilo, pero no mencionó el incidente. Ni siquiera reconoció a Ryan ni su herida. “Lo veo claramente ahora. Eres inteligente, Len. Ahora eres más inteligente. Puedes hacer cualquier cosa.”

“Y-sí, no, quiero decir,” Len aclaró su garganta con nerviosismo. “No puedo hacer cualquier cosa, pero puedo construir cosas.”

“Nos iremos,” declaró Bloodstream de repente. “La gente me busca, nos busca. Destruyen a mis clones y se acercan. Tú crearás un submarino, y nos iremos. Cada vez era más difícil encontrar lugares seguros para descansar.”

“¿Ir a dónde?” preguntó Ryan, muy cauteloso.

“¿Qué tal América?” respondió Bloodstream, juntando las manos. “¡La tierra de las oportunidades, Hollywood! Seremos estrellas allí, ¡como las Kardashians!”

“Yo...” Pensó que era una locura, creyó Len. Apenas conocían cómo eran las cosas en Francia, ¡y menos en atravesar el Atlántico! “Lo consultaré, papá...”

“Todo estará bien.” Tanto Len como Ryan se tensaron al escuchar cómo papá apoyaba la mano en sus cabezas, casi como un padre que consuela. “Siempre estaremos juntos.”

Silencio y oscuridad.

El fondo del océano era el lugar más tranquilo de la Tierra. Siempre se podían escuchar sonidos en la superficie: el canto de las aves, el viento en la hierba, las sirenas de los autos, los gemidos de las prostitutas y drogadictos de Rust Town.

Aquí, en las profundidades más oscuras del Mar Mediterráneo, Len estaba sola con sus pensamientos.

Le gustaba así.

Con una antorcha de plasma adaptada para el entorno submarino y vestida con su traje de buzo, la Genio trabajaba en reparar la cáscara exterior de la base. Algunas de las piezas de acero no resistieron la presión del fondo del mar, debilitando una parte del hábitat modular. Aunque ella diseñó el lugar para ser altamente modular, con cada 'casa' independiente, cualquier fuga podía causar un desastre a largo plazo.

Si en el futuro debía albergar vida, tenía que ser completamente seguro. Seguro contra los horrores y la oscuridad del exterior.

Los antidepresivos atenuaban la mente de Len, la entumecían después del primer impulso de euforia, pero su poder le permitía concentrarse de todos modos. En realidad, solo se sentía feliz cuando trabajaba. Usar su poder le proporcionaba euforia, le daba un sentido de propósito y dirección que en su vida le hacía falta.

Debe ser noche sobre la superficie, pensó el Genio. Me pregunto...

Sin poder contener su curiosidad, Len activó brevemente su radio, escuchando una conversación en la superficie mientras trabajaba.

"La existencia es subjetiva."

"¿Eh?" Incluso ahora, escuchar la voz de Ryan sorprendió a Len y casi hace que se le caiga la herramienta.

"Tu pregunta, sobre si existo si puedes retroceder en el tiempo." Len no reconoció esa voz. Era nueva. "Nunca podemos saber que existimos, por lo tanto no hay una verdad objetiva sobre la existencia."

"¿Sigues pensándolo?"

"Sí. Es inquietante."

"Bueno, te acostumbras a la incertidumbre."

No, no te acostumbraste.

Ella no pudo hacerlo.

Len espiaba a Ryan a través de su Radiocrono durante un tiempo, luego lo silenció. La había observado desde la distancia el día después de que llegara a Nueva Roma, cuando él estaba cerca de las orillas. La Genio pudo jurar que él sabía que ella estaba cerca, y eso la hizo retirarse bajo las olas.

Ryan la buscaba. Lo había estado haciendo durante años.

Y ella no sabía qué decirle.

